

los en la mision de Párras, pero no era menos por eso la aplicacion de los operarios, ni debe serlo la memoria debida á sus gloriosísimos trabajos. Este año, dice en una suya el padre Arista, desde principios de julio hasta fines de setiembre han sido tan grandes y tan poderosas las avenidas del rio de las Nasas, que de treinta años á esta parte no se acuerdan los nacidos haber visto en esta tierra cosa semejante. En el pueblo de S. Gerónimo abrió nueve gargantas, dejó la madre por donde ántes corria, y vino á dar al sitio donde poco ántes se habia mudado el pueblo, llegándose muy pocas lanzas de nuestra casa, hasta que haciendo punta por otro lado perdió la fuerza que allí llevaba y dió lugar á algunos reparos. En el de S. Ignacio subió tanto, que á la primera avenida le quitó á la iglesia algunos estriuos, y á la tercera la derribó por tierra y con ella la casa y vivienda de los padres, y otras muchas vecinas, aunque hubo lugar de sacar las imágenes y alhajas de la iglesia y casa, y con los vallados que se hicieron al derredor del pueblo se divirtió la agua por otra parte. Luego se procuró aderezar otra iglesia, y los nuestros viven en algunos cobertizos de paja con harta incomodidad. En el pueblo de S. Pedro abrió el rio una grande boca con que inundó al principio algo del pueblo y se llevó algunas casas; despues se recogió á una gran canal que fué haciendo junto á nuestra casa, llevándose los corrales de ella y bordes de las paredes, que no le faltó mas que media vara para entrar dentro de la casa. La agua que se habia derramado por los campos, ó porque hacia coz en algun alto, ó porque se encontró con la corriente de otro canal, revolvió sobre el pueblo con tanto ímpetu y con tanta grima de los indios, que luego se pusieron en huida, diciendo que en otra ocasion semejante se habian ahogado muchos de sus antepasados. Los caciques avisaron á los nuestros del peligro, diciéndoles que no aguardasen mas, y luego corrieron á las alturas. Por mucha prisa que se dieron los padres, hubo de cogerles la noche obscura y tempestuosa con agua y truenos. Guiólos un muchacho por unos espesos jarales y esteros que estaban ya tan llenos de agua, que á un indio que se envió á buscar á sus compañeros le daba por la cintura. Estos llevaron á los padres del otro lado del estero á un mesquital donde estuvieron dos dias hasta saber, como allá Noé, *si jam cessassent aquae*. Buscaron entre tanto un puesto mas seguro donde estuvieron trece dias, y tan cómodo, que apenas pudo acomodarse una enramada para guarecerse de la agua. Bajó, en fin, la inundacion, y dió lugar á que se pudiese ir

algunos trechos á pié con la agua á la rodilla, y donde estaba mas hondo sobre unos rollos de espadañas gruesas que llaman los indios noboyas. Llegando al pueblo hallaron que la Virgen Santísima á quien los padres habian encomendado la iglesia la habia guardado, y que el rio por la parte que se le arrimó aunque habia corrido por allí algunos dias con fuerza, no habia hecho mas daño del que habian dejado. Midióse lo que habia quedado de márgen y no eran dos piés cabales de tierra arenisca, que fué cosa de grande admiracion, y que se tuvo por milagro &c.

La inundacion y estraordinarias lluvias del año antecedente, fué seguida de tanta escasez y sequedad en el de 1613, que hubo bastante razon de temer no se secase enteramente el rio, como segun confesaban los indios les habia sucedido muchas veces en tiempo de su gentilidad, y nunca despues de su bautismo. Estas sequedades eran ordinariamente acompañadas de guerras sangrientas que hacian unas á otras las naciones por ocupar los esteros y charcos mas hondos donde quedaba algun pescado de que alimentarse, cuya falta suplían con las carnes de sus enemigos. En el tiempo de que hablamos, aunque estuvo algunos meses cortado el rio, gozaban hermanablemente todos de la corta comodidad que les ofrecian los charcos. El temor era que el mucho peje que moria en las ollas mas profundas no inficionase las aguas y muriese el que quedaba. Verosímilmenté hubiera sobrevenido esta calamidad con la hambre y la epidemia, y sus tristes consecuencias, si no hubiera querido el Señor lloviese tanto desde el fin de setiembre que el rio recobró su corriente y aseguró el sustento de aquellas gentes miserables, que apenas tenian otro que el pescado y las raices que veian nacer espontáneamente en los derramaderos de los rios, y en órden á esto no puede dejarse de admirar el efecto singular de la Divina providencia, que supo convertir en grande provecho de aquella tierra lo que se temia fuese su total destruccion. Tanto los padres misioneros como los otros españoles se habian fatigado muchos años en buscar de aquel rio alguna toma para aprovechar las bellísimas campiñas que atraviesa y que por las pocas lluvias del pais se perdian lastimosamente. Lo que á costa de mucho dinero y fatiga apenas habria conseguido la industria de los hombres, Dios lo hizo en pocas horas en la inundacion del año antecedente. La avenida abrió un canal capacísimosimo, y tan grande, que con la poca creciente del siguiente año salió por allí la agua, y esplayándose mansamente, fecundizó los campos

Consecuencias de la inundacion.

vecinos que se comenzaron luego á sembrar con inesplicable alegría de aquellas pobres gentes, y con no poca utilidad y aumento del cristianismo. Las sementeras del pueblo de S. Pedro animaron á sembrar á algunos de los vecinos tepehuanes, y trageron á aquellas tierras mas de doscientas familias de *conchos*, *mejus* y otras naciones, á quienes por este medio se comunicó luego el pasto espiritual, de que tanto mas necesitaban.

Ministerios
entre los taraumares.

Los conchos de que acabamos de hablar, es nacion bastantemente numerosa que se estiende hasta las orillas del rio grande del Norte. Por la parte del septentrion confina con los laguneros, y al Mediodia tiene algunos pueblos de los tepehuanes y valle de Santa Bárbara, por donde habia comenzado á rayarles la luz del Evangelio á diligencias del apostólico padre Juan Fonte, que trabajaba con suceso en aquel pais, aunque no sin continuos sustos de parte de algunos inquietos, especialmente entre los taraumares que habian bajado al valle de S. Pablo. Un cacique tepehuan de grande reputacion entre los suyos por su valor y nobleza, habia comenzado á esparcir rumores sediciosos contra el misionero y los nuevos cristianos conchos. La providencia del Señor dispuso muy breve aquellos malignos consejos. Sobrevino al indio *Turumanda* (que este era su nombre) una fluxion á la garganta y al pecho que le cerró enteramente el camino de la voz, y aun de la respiracion que apenas alcanzaba con fatiga. Era esto á tiempo que él acababa de cerrar los oidos á las proposiciones de paz que por medio de algunos indios amigos suyos le representaba el padre Fonte. El azóte del Señor lo hizo dócil, y luego enfermo como estaba partió á verse con el misionero, aceptó la paz que el gobernador mandaba ofrecerle, y prometió hacer entrar en ella á los taraumares que no esperaban sino la señal que él les diese para ponerse en campaña, y acabar con los conchos y demás cristianos de aquellas cercanías. En este medio tiempo se vió muy bien la seguridad que trae consigo la buena conciencia y la santa intrepidez de los hombres apostólicos. Llegó uno de los padres á la estancia de un buen español en ocasion que le tenia muy inquieto la vecindad de unos indios que despues de varias muertes se habian declarado públicos salteadores de aquellos campos. Oyendo el padre de aquel hombre la justa causa de sus temores, sin deliberar un punto, pasó un cuarto de legua mas adelante al lugar mismo donde estaban los indios. Les habló al principio con dulzura, y luego con grande libertad y osadia les reprendió sus delitos y la inquietud en que te-

nian toda la tierra. Inquirió de cada uno el pueblo á que pertenecia: mandóles dejar los arcos y aljivas, á que obedecieron con maravillosa docilidad. Entónces el padre con grande afabilidad y blandura, ¿no seria mejor, les dijo, que en lugar de traer asustados los vecinos, ayudarais á un pobre hombre á levantar su sementera, que por falta de compañeros se le pierde en el campo? A estas palabras corrieron todos con grandísima algazara, y capitaneándolos el padre fueron á la sementera del buen español, é hicieron lo que les habia insinuado el padre, con tanta prontitud y alegría, que el hombre, fuera de sí, despues de haberles agradecido su trabajo con algunas cosillas de las que ellos aprecian, quedó dando al Señor las gracias de la autoridad que sobre aquellas fieras concedia á sus ministros.

Los antiguos cristianos de Papáquiario, del Zape y Santa Cruz, florecian cada dia mas en cultivo político y cristiandad. La devocion á la Virgen Santísima y á los santos, era la primera leche con que se procuraban formar. No dejó Dios de manifestar aquí tambien quanto se complacia en su siervo S. Ignacio. Una niña, jugando en presencia de algunos indios con un real de á cuarto, por esconderlo de otro de su edad se lo echó en la boca, de donde con facilidad se le fué á las fauces. Dentro de pocos instantes estuvo ya para entregar á Dios el alma, morado é inchado todo el rostro. La madre, que estaba presente sin saber qué era lo que ahogaba á su hija, hizo alguna diligencia por libertarla pero inutilmente. En estas circunstancias, vuelta á una imagen del santo con todas aquellas veras que le sugeria su aficcion, padre Ignacio, le dijo, dadme á mi hija que se me muere. Al mismo instante la niña moribunda, sin alguna congoja ó violencia, depuso con sosiego en el suelo la moneda ensangrentada, y quedó perfectamente sana. Por este mismo tiempo la piedad del Sr. D. Felipe III, rey de España, informado de los grandes progresos que hacia la fé en las regiones mas remotas de la América, y queriendo fomentar en todo su reino la devocion para con el Augustísimo Sacramento, á que creyó siempre vinculada la felicidad de su gobierno, como la de su austriaco nombre, habia mandado á todas las misiones dorados y muy curiosos sagrarios, en que pudiese colocarse con la debida decencia el adorable cuerpo del Señor. El dia de Corpus de 613 se estrenó esta pieza en Papáquiario, depositándose en ella el Santísimo con inmenso júbilo y admiracion de los tepehuanes, á quienes en público sermón y en las esplicaciones de doctrinas y privados coloquios, se habia procurado

Prodigio de
S. Ignacio y
piedad del
rey D. Felipe
III.

instruir suficientemente en la significacion de aquel sacrosanto misterio.

Entrada á los tepahues.

No se pasaba con tanta tranquilidad en Sinaloa y en Topia. En la una, la guerra, en la otra, la epidemia, habian ofrecido bastante materia á los importantes trabajos de los misioneros. El capitan Diego Martinez de Hurdaide, desde principios del año, resolvió entrar á las sierras de los tepahues, y castigar la rebelion de los tehuecos. El padre Andrés Perez de Rivas, que le acompañó en esta arriesgada expedicion, la refiere difusamente en su historia, y con mas brevedad en carta escrita al padre Martin Perez, superior de la mision, que dice así: „En esta daré cuenta á V. R. de nuestra jornada á Tepahue, de que tanto dependia el bien de esta provincia. Luego que se juntaron los soldados cristianos en Toro, que es el último pueblo de convertidos, camino de Tepahue, todos los españoles y muchos de los indios, se confesaron, con plática que para ello les hice. A dos jornadas cortas, encontraron nuestros indios con cinco espías tehuecos, de los cuales se prendieron dos. Prosiguiendo nuestra jornada se nos juntaron los tecayaguis, que caen á las vertientes del rio, y tambien llaman Cues, los conicaris, que aunque parece que vinieron de traicion, descubierta esta por el capitan, se dieron por amigos, los mayos que salieron una jornada de su tierra á juntárenos, los yaquinis, que salieron mas de dos jornadas, los chinipas, los nebomes y los nures; de suerte que sin los que salimos, se juntaron de estas siete naciones, mas de dos mil indios. Los tehuecos, viendo tanta gente y al capitan resuelto á castigarlos, aunque se detuviera dos ó tres meses, para lo cual llevaba de prevencion mas de cuatrocientas reses, comenzaron á temer, y algunos mas cuerdos pensaron en rendirse. Lo hicieron algunas cuadrillas, á quienes el capitan, despues de un ligero castigo les dió bastimentos para que llegasen á sus casas. Llegando á Tepahue, campamos en un pueblo desamparado á orillas del rio, y desde aquí se envió un requerimiento á los tehuecos y á sus fautores los tepahues, y con este, un papel para un topile tehueco, que merecia este tratamiento por lo bien que habia ayudado á los españoles en otras ocasiones. Con esto, bajaron mas de cuatrocientas personas. El cacique, aunque tenia cédula de perdon, no quiso ponerse ante el capitan sin echarse primero á mis pies. Yo lo aseguré y lo conduje al capitan, que lo recibió con mucho agrado, é intercedí por muchos otros para que no se les diera aun aquel ligero castigo, para que ellos vean que somos padres y no jueces.

Mucho consuelo nos dió ver reducidos á los mas de los cristianos; pero faltaban los caciques principales, y de los mas culpados de los tepahues vinieron algunos, á quienes el capitan regaló con ropa; pero luego se huyeron. El camino lo hallamos sembrado de puas *emponzoñadas de tanta actividad, que un yaqui que se clavó murió en veinticuatro horas.* Me llamaron, y preguntándole qué hacia; aquí (dijo) me estoy acordando de Dios, y teniéndome por miserable, porque tú no quieres bautizarme. Yo habia querido dilatarlo porque se instruyese mejor; pero viendo que iba muy aprisa, le bauticé y luego murió. *Eran estas puas poco mas largas y mas gruesas que un alfiler.* No hicieron mucho daño, porque los amigos que usaban zapatos y alpargatas, se echaron á recoger y se aseguraron los caminos. Estando cerca del lugar donde estaban los alzados, salió un cacique con otros como cuarenta indios, con un terciado en la mano que habia quitado á un español con intento de acometer al capitan, si le quisiesen prender; pero nada logró y quedó en collera. Los demas huyeron con el resto de los otros alzados por una quebrada que corre entre unos montes altísimos, por la cual sale de la sierra el rio de Mayo. Aquí dió mucho cuidado el pasar por allí. Lo encomendamos mucho á Dios y el dia de la Anunciacion se dijo misa, que oyeron todos por el buen suceso, y ofrecieron los soldados á la Virgen santísima hacerle una fiesta en la villa y comulgar todos. Y es así que si Dios no hubiera cegado á los indios, con piedras desde lo alto de los montes, no hubiera salido uno con vida, porque la senda era tan estrecha, que era preciso ir de uno en uno. A la entrada, para *atemorizar á los enemigos, se ahorcaron cinco,* todos gracias á Dios bautizados y bien instruidos. Caminamos despues tres dias, aunque jornadas cortas por la fragosidad de la sierra, y llegando á lo último de ella, los enemigos que nos esperaban, acometieron á nuestra vanguardia, aunque eran ellos mucho ménos. Hubo algunos heridos, pero comenzando los soldados á disparar sus arcabuces, los alzados se pusieron en huida. Los indios amigos, como prácticos en correr por aquellas sierras, mataron á algunos y trajeron prisioneros á muchos, y entre ellos á los cabezas del alzamiento. A los demas se envió requerimiento de paz, y aunque por entónces no tuvo efecto, lo tuvo poco despues, porque los tehuecos, asentadas por el capitan á su vuelta las cosas, fueron volviendo á sus pueblos, y los tepahues vinieron á darse de paz, prometiendo guardarla siempre, y pidiendo padres que los bautizasen. Duró esta jornada mes y medio, sin mas pér-

Alzamiento de los chicoratos, y sucesos del padre Juan Calvo.

dida de nuestra parte, que la de un yaqui, de que arriba se dijo, &c." Compuestas con tanta facilidad las cosas de los tehuecos, no faltaron por otra parte justos motivos de temor. Con ocasion de un fuego se encendieron de tal suerte los ánimos, que llegaron á tomar los arcos y las flechas en el pueblo de S. Ignacio. La presencia de los padres Juan Calvo y Pedro de Velasco, sosegó por entónces el tumulto. Pero como habia entre los dos partidos antigua enemistad, no pudo apagarse enteramente el deseo de la venganza en los cahuametos, que considerándose con los vecinos gentiles, resolvieron de acabar con los chicoratos, y consiguientemente con los padres. El ódio contra la nacion, degeneró bien presto en ódio contra la religion, que les prohibia la venganza. El padre Pedro de Velasco, ignorante de sus malvados designios, pasó á visitar los enfermos del pueblo de S. Ignacio. Los mal contentos se presentaron todos en la Iglesia por no causar sospecha; pero al salir el padre del pueblo, halló muertos dos indios chicoratos, y averiguando los autores, vino en conocimiento de las dañadas intenciones de aquella gente ingrata. Los padres, acompañados de seis soldados, recorrieron los pueblos, procurando sofocar los principios de aquellos movimientos. Pareció haber surtido efecto esta diligencia, aunque bien presto tuvieron bastante fundamento para desengañarse. En una enramada que estaba á la puerta de un aposento, dice en carta propia el padre Juan Calvo, estaba yo una noche poco despues de la oracion, rezando mi rosario, cuando derepente, sin haber precedido cosa alguna, me sobrevino un temor grande que me hizo temblar todo el cuerpo, y me obligó á entrarme en el aposento, y apenas me hube puesto de rodillas para acabarlo de rezar, cuando tiraron un flechazo á un muchacho mio, que salió por agua al mismo puesto donde yo habia estado, librándome el Señor, á lo que puedo entender, por la intercesion de su Santísima Madre. Hemos puesto este suceso con las mismas palabras del padre Juan Calvo en su carta, porque el padre Andres Perez en su historia y manuscrito, y el padre Faria, lo refieren del padre Pedro de Velasco, sin duda por equívoco, siendo los dos ministros de un mismo partido. Estando ya cercana la pascua, los padres hubieron de ir á la villa de S. Felipe y Santiago, donde tenian sus anuales juntas. Entre tanto, los foragidos se dejaron caer sobre los pueblos de S. Ignacio y Cahuameto, quemaron las iglesias y algunas casas, no sin resistencia de sus mismos amigos y parientes cristianos, que habian quedado en los pueblos, y que hubie-

ron de acogerse á lo mas alto del los montes para defender sus vidas y las alhajas é imágenes sagradas, que habian tenido cuidado de preservar del fuego y de la profanacion de aquellos impíos.

A los principios de estas inquietudes habia tambien padecido la provincia de Sinaloa un golpe muy sensible en la muerte del padre Juan Bautista de Velasco, que por espacio de veinte años, sin mudar de sitio habia cultivado con invencible paciencia las naciones del rio de Mocorito, primero de Sinaloa. Poseia con perfeccion las dos principales lenguas del pais, en que fué despues maestro, á cuyo ejemplo se formaron cuantos varones apostólicos trabajaron despues en aquel vastísimo campo. La pobre ropa de cama que llevó de México, le sirvió en su última enfermedad, en que dejó admirables ejemplos de todas las virtudes, que tanto habia ejercitado en su vida religiosa. Pocos dias ántes de morir, dijo á un padre en una espiritual conversacion, que no se acordaba haber mentido advertidamente desde que tenia uso de razon. Poco despues, administrándole el sacramento de la Extrema Uncion, rodeado de todos los padres misioneros, al llegar á aquellas palabras: *Quid deliquisti per ardorem libidinis*. Gracias á Dios, dijo, levantando al cielo los ojos, que en esa materia, desde que nació no he cometido cosa grave. Sin embargo de tan grande pureza de conciencia, quiso Dios probarle con algunos temores, en fuerza de los cuales preguntó una ocasion á los que le asistian: Y si me muero de esta enfermedad, ¿me salvaré? Respondiéronle lo que su buena vida prometia en esta parte, y disipándose repentinamente aquellas dudas y congojas, dijo con un semblante apacible y risueño: Pues si esto es así, muramos contentos, y vamos á ver á Dios. Con esta firme confianza partió de esta vida el dia 29 de julio de 1613.

De la epidemia y trabajos de los operarios de la Compañía en la provincia de Topia y S. Andrés, ofrece á nuestros lectores la mas viva y agradable imagen una carta del padre Hernando de Santarén, que dice así: „Se ha acabado este año un arte de lengua acaxee, y un vocabulario tan copioso, que con él podrá cualquier padre por sí aprender la lengua, como lo experimenta ahora el padre Andrés Gonzalez. El trabajo que en esto ha tenido su autor el padre Pedro Gravina, ha sido grande, y tanto, que á mí me causaba admiracion que tuviese tanta paciencia para sacar un vocablo propio de la boca de esta bárbara gente, que á veces era manester medio dia para ello. Seria de mucho alivio para el continuo trabajo la ayuda y buen ánimo con que ha

Muerte del P. Juan Bautista de Velasco.

Peste en Topia.

venido el padre Pedro Mejía, que es muy á propósito para el puesto. De mí digo que aunque me siento ya viejo y cansado, no ha de quedar por mí el procurar el bien de estas misiones, ni pedir salir de ellas, no cerrando por eso la puerta á la obediencia para disponer de mi persona, como de un cuerpo muerto; pues harto mal sería si despues de diez y nueve años de mision, trabajos y malas venturas, no hubiéramos sacado siquiera la indiferencia que nuestro bienaventurado padre nos pide. Y ya que no con tantos quilates, á lo ménos, *ecce ego, si adhuc populo necessarius, non recuso laborem fiat voluntas Domini.* No han experimentado los de allá el jugo y contento que Dios comunica á los de acá. Mas da nuestro Señor en un desamparo de estos, en un desavio de hallarse en un monte á pie, en una tempestad de nieve, que nos coge en una noche oscura, al sereno y agua, sin tienda ni abrigo, que en muchas horas de oracion y de encerramiento. Esto, y el parecerme que el pedir salir de aquí, es volver á Dios las espaldas, y dejar á Jesucristo solo con la cruz á cuestas, y que allá en mi recogimiento me lo ha de dar en cara su divina Magestad, me mueve á no pedir salir de aquí. Y cuando en esto me hallare la muerte, me tendré por dichoso, y entenderé que el morir armado en la batalla, y solo en medio de estos bárbaros, me será de tanto mérito, como rodeado de mis padres y hermanos, y en este desamparo me prometo el amparo de Dios nuestro Señor, por quien se hace. Esta escribo cansado de sangrar con mis propias manos, por lo mucho que en estos pueblos ha picado el *cocolixtli*, sin haber otro que les acuda sino solo yo, que en tres dias no me he sentado sino á comer, *sangrando y bautizando mas de setenta personas* †. Dios les de salud á estos pobres, y el cielo á los muchos que han muerto, á V. R. muchos obreros, y á mí su espíritu fervoroso para obedecer como hijo verdadero de la Compañía, &c."

Mision á Ostotitipac.

A los nunca interrumpidos afanes de los ministros de gentiles, añadiremos los copiosos frutos con que bendijo el Señor los trabajos de uno de los sugetos del colegio de Guadalajara. Salió la cuaresma á la minas Ostotitipac, como á cincuenta leguas poco ménos de aquella capital. A persuaciones del celoso misionero, se levantaron iglesias en los reales de la Resurreccion y S. Sebastian, en que hasta entónces no habia sino unas malas chozas. A un minero muy acongojado por

† ¡Ah! ¡Cuánto dicen estas palabras!!! Meditémoslas...

haberle faltado al mejor tiempo los trabajadores, corrigió suavemente el padre, diciéndole que aquel era sin duda castigo del cielo, porque consentia entre los sirvientes escándalos y graves ofensas del Señor, sin cuidar del bien de aquellas almas, por cuyo medio Dios le daba los bienes temporales. Le aconsejó que hiciese en su casa una capilla decente, que tuviese cuidado de que oyese misa sus indios, de que se juntasen de noche á rezar el rosario y oír la esplicacion de la doctrina. El hombre reconocido formó luego al punto una capilla, mientras se edificaba otra mas decente de piedra, de que mandó prontamente abrir los cimientos. El padre las primeras noches se tomó el trabajo de juntar la gente; pero no pudiendo perseverar allí largo tiempo, el buen minero buscó persona de satisfaccion, á quien encomendó para siempre aquel oficio, dándole su casa y cien pesos anuales, fuera del sustento, con lo cual, que bien presto se divulgó por los reales vecinos, se movieron á venir, ataidos del buen tratamiento muchos indios, y logró por muchos años una constante prosperidad. A este modo consiguió otras gloriosas victorias, ya en la estirpacion del juego y de los tratos inicuos, ya en las restituciones cuantiosas, ya en la composicion de antiguas discordias y semejantes vicios comunes en personas que no cuidan sino de ganancias temporales. Mostrar quiso sin duda el Señor cuánto le ofende esta infame pasion con un caso admirable y de mucha instruccion, que vamos á referir con las mismas palabras con que lo escribió el padre Gaspar de Carvajal, rector de Guadalajara. „Habia en aquellas minas un cacique viejo y buen cristiano, llamado D. Felipe, que luego que allí llegó el padre, se habia confesado generalmente. Era gran minero, y el que habia descubierto las mas de las que allí tenian los españoles. Estando, pues, allí el padre á principios de mayo, vino á mostrarle á D. Felipe, otro indio estrangero unas piedras que rendian á cuarenta marcos por quintal, ensayadas por fuego. Fué D. Felipe con el otro indio á ver la mina, y hallando ser verdad la manifestó. Con esta ocasion se levantaron entre los vecinos grandes alborotos y discordias. Por bien de paz se determinó que no fuese español alguno, sino de cada cuadrilla dos indios. Confesó y comulgó D. Felipe, y al quinto dia de camino subiendo una serranía, donde se divisaba el lugar de la mina, y faltando poco para llegar, hizo alto, y dijo á sus compañeros: „Hijos míos, en aquel cerrito que divisáis, está la mina en tal y tal parte. Id vosotros, si pudiéreis, que Dios no quiere que pase de aquí, sino que aquí me muera: ayudadme

Caso muy notable.

á encomendar á Dios, y sacando una pequeña imagen de nuestra Señora, que llevaba siempre consigo, pronunció los Dulcísimos Nombres de Jesus y María, y dentro de poco espiró. Sus compañeros atemorizados, no quisieron proseguir y volvieron con el cuerpo al real de los Reyes, donde se dió sepultura con sentimiento comun por su cristianidad y por su esperiencia en el conocimiento de los metales. Por muchos dias no se volvió á pensar en la mina, hasta que á un indio de los que habian ido, persuadió su amo que volviese al descubrimiento, salió con otros por los mismos pasos que la primera vez, y llegando al lugar donde el otro falleció, sintió en sí ansias mortales y que á toda prisa se le acababa la vida, y espantado con la memoria de lo que le habia acontecido á D. Felipe, y con lo que en sí experimentaba, se hincó de rodillas é hizo voto de volverse desde allí sin intentar mas en adelante semejante viage, y luego recobrándose algo, se volvió como pudo á su casa, malo y achacoso. Fuéronle á ver juntos con el padre á quien habia llamado para confesarse, los principales mineros, deseosos de saber el caso, y díjoles en su lengua estas razones: „Mirad, señores: Dios tiene muchos hijos y á todos tiene que dar. Unas cosas guarda para unos, y otras para otros. A vuestros abuelos dió las minas de Tinamactle; á vuestros padres las de Huaxacatlan y Chimaltitlan; á vosotros estas de Ostoticpac. Contentaos con ellas, y dadle gracias que quizas tiene guardadas para vuestros hijos ó nietos estas otras, á que yo iba, y no quiere que ahora se descubran.” Así habló aquel indio, y apretándole la enfermedad, lo confesó el padre y murió poco despues.

Octava congregacion provincial.

A fines del año, el dia 2 de noviembre, se celebró en México la octava congregacion provincial. Fué elegido secretario el padre Agustín Cano, primer procurador, el padre Nicolás de Arnaya, rector del colegio de la Puebla: segundo, el padre Francisco de Vera, rector que era segunda vez del colegio de Oaxaca. La congregacion juzgó se debia pedir á nuestro padre general erigiese en colegio las dos residencias de Guatemala y Sinaloa, y concediese asimismo licencia para fundacion de un colegio en Mérida de Yucatán, que instantemente lo pretendia, y de que trataremos á su tiempo.

Muerte del padre Pedro de Morales.

De este mismo colegio llevó el Señor para sí algunos meses despues al padre Dr. Pedro de Morales. Habia ejercitado con muchos créditos la abogacia y obtenido algunos lustrosos empleos en la ciudad de Granada, cuando le llamó el Señor á la Compañía, á cuya voz

renunciando las grandes esperanzas que le ofrecia el mundo, obedeció prontamente. En Nueva-España tuvo siempre las primeras estimaciones que le grangeó su mucha virtud, sazónada de un aire festivo siempre y dulce, que le hacia el asilo de los pobres. Con su presencia se restableció el colegio de la Puebla, que el padre visitador Juan de la Plaza pretendia ya cerrar. El ascendiente que el padre tenia sobre los corazones fué tal, que saliendo en persona á pedir limosna por la ciudad, juntó en un solo dia mas de ocho mil pesos; y que dieron esta suma sin fastidio se probó muy bien, porque saliendo pocos dias despues á recoger el dote con billete suyo una pobre doncella, volvió á su casa con mas de tres mil pesos. En los muchos años que gobernó aquel y otros colegios, mostró siempre un grande celo por el buen nombre de la Compañía, mucha suavidad, mucha entereza, un raro espediente en los negocios mas oscuros, y una constancia de ánimo en las cosas adversas, á que se atribuyó entónces la prosperidad y repentinos aumentos del colegio de Puebla. Murió en México el 6 de setiembre de 1614.

Muerte del padre Juan de Trejo.

Siguióle á los tres meses el padre Juan de Trejo que en pocos años de edad, que apenas llegaban á veintiocho, dejó heróicos ejemplos de todas las virtudes. Desde niño se consagró enteramente á los obsequios de la Santísima Virgen, y conociendo que no podia hacerle otro mas agradable que conservarse en la pureza de alma y cuerpo, cuidó de ella no solo en sí, llevando la virginidad hasta el sepulcro, sino en todos los demás. Su celo por esta amable virtud llegó á tanto, que sabiendo que un hombre vivia en mala amistad con una muger de aquella vecindad, y la hora de la noche en que solia venir á la casa, se estuvo constantemente esperándolo por muchos dias, y cuando vió que por ser aun niño no se hacia caso de sus voces, se valió de las piedras que ocultamente le tiraba desde una azotea hasta que desterró de su calle aquel escándalo. Estando en tercera probacion fué señalado á la mision de los xiximes, de que hablando con los padres en robusta salud: A mí (dijo) me espera la mision del cielo que esta la tiene Dios destinada á otro mas fervoroso. Sin embargo, habia ya dispuesto su tren para partir á Topía, que era como se halló escrito de su mano, dos mudas de ropa, frazada, manteo, breviario, diurno y algun libro espiritual. Entró en ejercicios para emprender su viage, y á los tres dias llegó la noticia de estar en la última agonía el padre Horacio Carocci, insigne operario de indios en el colegio de Topotzotlán. El padre Trejo, que le estima-

ba y conocia la gran falta que habia de hacer á los pobres, dijo misa por su salud ofreciendo en manos de la Virgen Santísima su vida por la del padre Horacio. Pareció haber aceptado el Señor su sacrificio, pues aquel mismo dia, habiendo salido de su retiro á instancias de un indio tocado de mal contagioso que le llamaba á confesarse, volvió á casa herido de un mortal accidente. Sanó el padre Carocci contra la comun espectacion, y murió el padre Trejo, dos veces víctima de su ardiente caridad, el dia 3 de diciembre.

Misiones en Michoacán.

Este grande operario que el Señor acababa de sacar de la provincia lo suplia su Magestad por otra parte añadiendo nuevo fervor á muchos otros que llevaban copiosísimos frutos. En Tepotzotlán el mencionado padre Horacio Carocci, en S. Gregorio de México el padre Juan de Tovar, en Pátzcuaro el padre Juan Ferro, eran otros tantos incansables misioneros que en todas ocasiones ganaban á Dios muchas almas singularmente entre los indios, á cuya salud é instruccion habian consagrado sus talentos. El padre Juan Ferro parecia haber recibido del cielo el don de lenguas, segun la facilidad y prontitud con que las aprendia, y la elocuencia y perfeccion de ellas que en él admiraban los mismos indios. Al grande fruto que se cogió este año en el obispado de Michoacán, ayudó mucho la grande estimacion que hacia de nuestros ministerios el Illmo. y Rmo. Sr. D. Fr. Baltazar de Covarrubias, religioso agustino. Este prelado, en una pastoral que dirigió á todos los beneficiados de su diócesis, les habia encarecidamente encomendado llevasen á sus respectivos partidos misioneros jesuitas. Fuera del antiguo afecto que este príncipe habia tenido siempre á la Compañía, le movió á esta demostracion lo que poco ántes habia experimentado en la visita, y fué que llegando á un partido distante de la capital halló aquellos pueblos estremamente dados á la embriaguez, mucho mas de lo que habia visto y oido en otras partes. En medio de esta general corrupcion halló un lugar de la misma jurisdiccion en que aquel vicio era por el contrario absolutamente ignorado. Dando al Señor muchas gracias y animando á los caciques del pueblo á perseverar en tan buenos propósitos, no pudo menos que preguntar los medios con que se habian preservado de un contagio que hacia tanto estrago en todo lo restante de aquel partido. Los naturales le respondieron (escribe el ilustrísimo al padre provincial) que ellos eran como los demás; pero que habia poco mas de veinte años que habia predicado en aquel pueblo el bendito padre Gonzalo de Tápia con tanto espíritu contra aquel vicio,

que desde entónces lo habian dejado, y se hallaban muy bien sin beber cosa que les turbase el juicio. Con esta esperiencia y la carta del celoso pastor, los beneficiados á porfia pretendian de todas partes operarios jesuitas. Partieron entre sí cuasi todo el obispado los fervorosos padres Ambrosio del Rio, Francisco Ramirez, y Juan Ferro, todos antiguos misioneros y muy ejercitados en este género de espirituales conquistas. El padre Juan Ferro tuvo á su cargo la parte mas trabajosa. Corrió todo lo que llaman tierra caliente á la costa del mar del Sur por los partidos de Cinagua, Zacatula, Petatlán y Tecpa hasta Acapulco, donde predicó con gran provecho de los españoles que por entónces allí esperaban el barco de Filipinas. El licenciado Pedro Recendi dió con espresiones de mucho agradecimiento cuenta al padre provincial de los gloriosos trabajos de este grande hombre. De Zacatecas se hizo tambien mision á las haciendas de minas del real de Pánuco y de los Ramos. En esta segunda fué tan sensible la conmocion y el fruto, que el vicario de aquel partido con el alcalde mayor y vecinos, trataron muy sériamente de que fundase allí la Compañía. En nombre de todos partió el vicario á Zacatecas, donde actualmente se hallaba en la visita el padre provincial Rodrigo Cabredo. Ofreció sitio cómodo y algunas limosnas que se habian ya juntado para ese intento. El padre provincial no pudo por entónces condescender; pero mostrando la debida gratitud, prometió que se tendria cuidado de que pasasen á aquel real por la cuaresma algunos padres, como se ejecutó en muchos años siguientes. De S. Luis de la Paz, á petición de los vicarios de S. Luis Potosí y de S. Miguel el Grande, dos poblaciones muy considerables, pasaron algunos padres la cuaresma con utilidad igual al piadoso celo de aquellos pastores.

Entre tanto conseguida del Exmo. Sr. D. Diego Fernandez de Mendoza, marqués de Guadalcazar, la licencia para el asiento y doctrina de los indios del rio Mayo, se procedió á la ejecucion de esta grande empresa con mucho consuelo de la cristiandad de Sinaloa. Destinaron los superiores al padre Pedro Mendez, que despues de diez y ocho años de misiones habia vuelto á México y suspiraba constantemente por los desiertos de Sinaloa. Partió el padre en compañía del capitán Hurdaide. La relacion de los principios de esta florida cristiandad, la tomaremos de las mismas cartas del capitán y del misionero, que insertamos aquí en todo su tenor. La carta de D. Diego Martinez de Hurdaide dice así: „Por ser tiempo de grande hambre cuando vine á la reduccion de Mayo, y haber